



EL ECO DE CARTAGENA

N.º XXXIV

DECANO DE LA PENSÉE LOCAL

Núm. 9653

PREMIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MADRID, CALLE DE...

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

MÉDICO DE ENERO DE 1884.

El precio será siempre adelantado y en metálico o en letras de fácil cobro.—Cada número se vende en París, A. Loreto, rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg Valenciennes, 31.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISIÓN DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados. Azufrado para la vid. Taponadoras. Ingeridores. Bombas. Norias. Muebles para jardín. Jarrones. Guano y fertilizantes. Herramienta completa para agricultura.

Minas y M. Quibori: Máquinas y aparatos de vapor. Bombas. Vías férreas. Wagons. Tubos. Tornillos. Cubas. Cables. Desincrustantes. Muebles de cocina. Cisternas. Cistolas. Candeleros. Berberes. Picos. Legones. Etc.

Construcción: Cables de alambre. Pilas, escaleras y demás manufacturas de hierro. Sulfones, lodores, tubos y cables de hierro para aguas y riego. Bombas y demás productos hidráulicos. Mármol artificial. Ladrillo hueco, eje plana, balaustrada, renetes y jirones de barro cocido. Papeles pintados. Muebles de hierro, etc.

MODERNO: Sillas. Comodas. Mesas. Camas. Espejos. Estufas. Cajas de caudales. Bases para lámparas, etc.

PASAJE DE COLESA. PUERTA DE MURCIA

SOLILOQUIOS.

Arrojado en cómodo butacón contemplando con deleite como se desvanecían las espirales de nudo que formaba el cigarro puro que momentos antes había encendido, eucón á ese Ricardo en el espacioso gabinete de su casa de huéspedes de la calle del Príncipe.

A su espalda y sobre el oscuro fondo de la pared, contemplábase con fuerza la esfera de un reloj prisionero en el punto áureo de ébano. El templado timbre que le servía de timbre fiel á la intención de

sus pequeñas inocuilas, dejó oír en aquel momento con pausado golpe, diez campanadas, que hicieron salir de su abstracción á Ricardo.

La vida que había emprendido desde que salió de su pequeño y pintoresco pueblo, o tenía preocupado y aquella noche, ni quiso asistir á la tertulia del café, ni acompañar al teatro y sus compañeros de clase; pues estaba monedado por la ruidosa batalla que libraba su conciencia y que le hacía prorumpir en exclamaciones á cortos intervalos y pronunciar frases que quedaban incompletas. Recordaba con como sus defectos, la despedida que tuvo y los consejos que sus padres le dieron antes de su partida; recordaba también la promesa que hizo de cumplirlos fielmente, pero no había pasado de promesa, pues lejos de secundar el deseo que tenían los que se sacrificaban por verlo hecho hombre, para que después les ayudase en su vejez, en vez de dedicarse con fe al estudio y terminar la carrera á que se había dedicado, la vida que observaba en Madrid era muy distinta, pues las diversiones y los vicios que habían echado hondas raíces en Ricardo, eran causa de que ni estudiase, ni hiciese nada de provecho, pero en cambio, hacia que merme la fortuna de sus ancianos padres gastando lo que ni aun pueden gastar los favorecidos por la suerte.

No había reflexionado nunca respecto á su presente y mucho menos sobre su porvenir, con la vida de príncipe que se daba, pero aquella noche había cambiado, y un vago presentimiento le retenía en la casa para mortificarle y ponerle un manifiesto sin doblez alguna su depravada conducta. Sus reflexiones habían alterado su ánimo y su calenturiento cerebro parecía complacerse en atormentarse, ayudando con verdiginosa precisión multitud de ideas que le horrorizaban; contribuyendo también á que su ima-

ginación le presentase las sombras de sus acciones malas y las caras de aquellos pequeños hermanos, todos inclinados y estenados por el hambre á que les había privado su prodigalidad, desfilando ante él para maldecirle y para que su presencia le causase los espasmos del error.

—No tengo valor para quejarme —exclamó Ricardo después de una gran pausa.

¿Eh qué más le servían los consejos que en su vejez y angustias me daban al padre, mientras ponías los brazos y piernas en el camino de la noche y te escapabas?

—De la vida —dijo Ricardo, — el cerebro de Esp. fi. y el gran cerebro como al padre de Ricardo, me obligas y hace que no sienta nada de las acciones obras como un autómatas.

Pensar en un remedio enérgico, para cambiar de vida, es pensar en lo imposible, porque ya está dicho y aunque dice el dicho que en grandes males grandes remedios, no pienso en ellos porque serían inútiles.

Al contrario no ha sido sino una caña á la fortuna y un estado de... he pensado con calma y siempre he creído que para cambiar de vida, he de ir en busca de un sueldo pero hoy... soy supersticioso y si modo de ver las cosas me atormenta y atormenta...

El talento y la superstición son incompatibles. Digo yo, pero eso mal, y por consiguiente obró mal también... pero si pienso seriamente (como parece) ¿por qué soy supersticioso?... ¡Nada! ó sea yo loco ó tengo que confesar que soy un saco de trapos en estas filosofías, el calentamiento de cabeza y aun cuando más vayas leyendo y leyendo sabido sin inspirar en la mejor vida.

—Vine al mundo para ser un hombre de provecho y al emprender el camino me recomiendo por mis padres este encargo con un bautismo de lágrimas...

¿Eh cumplido la misión aunque

estaba tan bien recomendada?

Media y falta había dado el momento y la pequeña esfera del reloj, que había contribuido á que Ricardo se entregase á estas reflexiones, cuando ponía término á ellas con un profundo y agitado sueño.

En tal una escena en momentos antes de haber presentado su conciencia, volvió á repetir obrando como agente su fantasma, pero una cosa de espanto, que él veía delante de sus padres y hermanos maldecidos, hizo un esfuerzo para huir y alejar de su presencia cuadro tan fatídico.

Aquel esfuerzo le despertó y le hizo exclamar: ¡qué sueño tan horrible!

Juan Melo.

(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

El Globo de ayer viene un tantico mo esto.

El colega afirma que en la cuestión de Melilla ha estado siempre al lado del gobierno y del general en jefe y nunca ha hecho caso á los impacientes.

Pero le ha sabido á cuento quomado que el general Martínez Campos le haya regalado su retrato con una dedicatoria al príncipe Malay Araaf.

La verdad es que eso cuadra mal con los ultimatum.

Aunque tal vez lo haya hecho condicionalmente, como aceptó el caballo que le regaló el sultán de Marruecos.

Y si se rompen las hostilidades habrá devolución de imágenes.

Exacramente como sucede en los galanteos.

Vaya un alboroto que han armado los proteccionistas franceses y los proteccionistas españoles, por el modus vivendi.

Los unos no quieren que entren en Francia vinos españoles.

Los otros se oponen á que entren en España productos franceses.

Y unos y otros quieren hacer víctima de sus egoísmos, á los que no son proteccionistas.

¡Señores! y los principios de igualdad, de justicia, y, sobre todo, de caridad?

La Epoca cree que el sultán de Marruecos no recibirá á la embajada extraordinaria.

Es el colmo del pesimismo.

Y de la exageración.

De seguro que La Epoca no cree lo que dice.

Ni los que le leen tampoco.

Pero hay que hacer la oposición... y por eso se dicen ciertas cosas.

El Sr. Sagasta está ya en disposición de hacer pino.

Que sea enhorabuena.

¡Ah! y cuidado con volver á subir á las alturas del Hipódromo.

En tales sitios no se recogen más que fracturas de piernas.

Y para nuestra basta un botón.

Para posición bonita la que ocupa dentro del ayuntamiento de Vitoria el alcalde del mismo.

El es carlista y la mayoría de los concejales rinden acatamiento á Carlos Séptimo.

Y no es eso lo peor, sino que en la elección de tenientes de alcalde, han resultado todos carlistas.

De modo que el alcalde de Vitoria no puede pedir licencia, ni ponerse malo, ni ir de gira.

Porque en asentándose de la alcaldía media hora, impera el carlismo.

¡Bonita situación la del alcalde de Vitoria!

Aquella presteza con que iba á salir para Marruecos la embajada extraordinaria y aquella prisa y aquel medir el tiempo para que viniese justo, se ha convertido en nada.

La embajada saldrá cuando Dios quiera.

Digo: no, cuando quiera el sultán.

Porque hasta que este no diga que todo está dispuesto, no se mueve de Melilla el general Martínez Campos.

Y como el Sultán no piensa de que le pidan cuartos ¡Dios sabe cuando saldrá de Melilla la embajada extraordinaria!

No se tiene hasta ahora noticia de que se hayan vuelto á tirar los tinteros á la cabeza los concejales del ayuntamiento de Málaga.

EL ULTIMO MOHICANO.

95

Dimean, esos bárbaros asesinatos, esas espantosas escenas de tormento de que hemos oído hablar tantas veces, y de las que hemos leído tan horribles relaciones, no habrán sucedido nunca en presencia de semejantes seres.

—Es ciertamente un raro ejemplo de las propiedades que este pueblo poseé, respondió el mayor, y creo como vos que esa frente y esos ojos han sido hechos para intimidar á enemigos, mas bien que para engañar víctimas. Pero no nos engañemos nosotros mismos, esperando de esta gente otras virtudes que aquellas que están al alcance de salvajes. Los brillantes ejemplos de grandes cualidades son muy raras entre cristianos; como por tanto habian de ser frecuentes entre indios? Confiemos sin embargo para honra de la naturaleza humana, que se puede también hallar en ellos, que ese joven Mohicano no engañará nuestros presentimientos, y que será para nosotros todo lo que su aspecto anuncia; un amigo valiente y fiel.

—Eso es hablar como debe hacerlo el mayor Heyward, dijo Cora. Al ver á ese hijo de la naturaleza, ¿quien puede acordarse del color de su piel?

Un silencio de algunos momentos, en el que parecía notarse cierto embarazo, siguió á esta singular observación. Fue interrumpido por la voz del cazador, quien decía á los viajeros que entraron en la caverna.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

presión de orgullo é intrepidez, templada por cierta dulzura. Sus facciones eran bien formadas, y tenían el color rojo de su raza en la cara; su pelo era despejado, y su noble cabeza no presentaba á la vista mas que ese resplandor de los que los salvajes conservan por valentía, y como para desafiar á sus enemigos á que se lo arranquen.

En la primera vez que Duncan, Heyward y sus compañeras tenían ocasión de examinar las facciones de uno de los dos hijos que tan apropiado habían encontrado, y se sintieron aliviadas del peso abrumador de su inquietud, al ver la expresión arrogante y determinada, pero franca y abierta, de la fisonomía del joven Mohicano. Comprendieron que podían tener ante sus ojos un ser sumido en las tinieblas de la ignorancia, pero no un pálido lleno de ardores, y consagrado voluntariamente á la traición.

La ingenua Alicia le miraba con la misma admiración que hubiera concedido á una estatua griega ó romana, que un milagro hubiera vuelto á la vida; y Heyward aunque acostumbrado á ver la perfección de formas que se nota con frecuencia entre los salvajes á quienes la corrupción no ha contaminado aun expresó abiertamente su satisfacción.

—Creo, le contestó Alicia, que dormiré tranquilamente guardada por un centinela tan generoso y tan intrépido como parece serlo ese joven. Seguramente.

EL ULTIMO MOHICANO.

91

tan unido á los animales que le pertenecen. Pero, puesto que crees en la predicción, dirá que lo que ha sucedido tenía que suceder, y con ese consuelo reconoce á que era justo que la vida á una criatura moribunda para salvar la de otros dotados de razón. Por otra parte lo que decían de los lobos puede ser verdad, y es una razón más para hacer pedazos el gamo inmediatamente, y arrojar los pedazos al río, porque sino tendremos una manada de lobos ahullando en los pedregales, como para repetir en cada bocado que nos traguemos; y aunque la lengua de los Delawares sea como un libro cerrado para los europeos, los astutos bribones tienen bastante talento para comprender la razón que hace ahullar á un lobo.

Al mismo tiempo que hacia estas observaciones, el cazador preparaba todo lo necesario para descuartizar el gamo. Al concluir de hacer dejó á los viajeros, y se alejó acompañado de los dos Mohicanos que parecían comprender todas sus intenciones sin que tuviera necesidad de explicárselas. Los tres desaparecieron sucesivamente, pareciendo desvanecerse delante de la superficie de una roca negra, que se levantaba á algunas toesas de la orilla.